

Diálogo vivo ULPGC, 1

Francisco Rubio Royo
y
Manuel Lobo Cabrera

dialogan con Yaya Hernández Guerra

La formación de la Universidad



||| **EBOOK**

 **ULPGC**
ediciones

Diálogo vivo **ULPGC**, 1
La formación de la Universidad

Francisco Rubio Royo
y
Manuel Lobo Cabrera

dialogan con Yaya Hernández Guerra

La formación de la Universidad



 **ULPGC**
Universidad de
Las Palmas de
Gran Canaria | Servicio de
Publicaciones y
Difusión Científica

2021

Colección *Diálogo vivo ULPGC*, 1

Directores: Antonio Martín Rodríguez y Yaya Hernández Guerra

RUBIO ROYO, Francisco

La formación de la Universidad / Francisco Rubio Royo y Manuel Lobo Cabrera dialogan con Yaya Hernández Guerra. -- Las Palmas de Gran Canaria : Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2021

1 archivo PDF (71 p.) – (Diálogo vivo ULPGC ; 1)

ISBN 978-84-9042-423-0

1. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria - Historia 2. Rubio Royo, Francisco (1941-) – Entrevistas 3. Lobo Cabrera, Manuel (1950-) – Entrevistas I. Lobo Cabrera, Manuel, coaut. II. Hernández Guerra, Yaya, col. III. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ed. IV. Título V. Serie 378.4(649.2Las Palmas de Gran Canaria)(091)(047.53)

Thema: JNM, 1DSE-ES-EAAA, DNP

La colección *Diálogo vivo ULPGC* es un proyecto promovido por el Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Edición, maquetación y diseño:

Servicio de Publicaciones y Difusión Científica (ULPGC), 2021

<http://spdc.ulpgc.es> · serpubli@ulpgc.es

Esta obra se distribuye bajo una licencia
Creative Commons BY-NC-ND



ISBN: 978-84-9042-423-0 (pdf)

ISBN: 978-84-9042-422-3 (ed. impresa)

<https://doi.org/10.20420/1661.2021.432>

Fotografías: Nacho González

Diseño del logo de la Colección: Beatriz Dueñas

Diálogo vivo ULPGC en audio y vídeo. Producción del
Laboratorio de Medios de Producción de Televisión ULPGC



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Presentación del proyecto <i>Diálogo vivo ULPGC</i> a cargo del Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.....	6
Introducción a cargo del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus	8
Entradilla al primer número de <i>Diálogo vivo</i> <i>ULPGC</i> a cargo de su moderadora	10
Transcripción	11
Álbum de fotografías.....	56

**Presentación del proyecto *Diálogo vivo*
ULPGC a cargo del Rector de la
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria**

La vida es memoria. La memoria necesita de las palabras. El intercambio de palabras lleva al diálogo. El diálogo nos da vida. De ahí el nombre de la presente colección, *Diálogo vivo ULPGC*.

Y es que las cosas no se hacen solas, siempre hay alguien que las hace. Y nuestra Universidad necesitó de muchas manos, de muchos esfuerzos individuales y colectivos que la hicieran posible y que la construyeran como la realidad viva que disfrutamos hoy y que pretendemos desarrollar para las generaciones venideras.

Distinguido lector, el libro que tiene ahora entre sus manos (y el vídeo que podrá visionar) es uno de los frutos de un proyecto surgido a raíz de la conciencia de que es necesario recuperar la memoria viva de nuestra Universidad y, además, reconocer el trabajo realizado por quienes han protagonizado la vida de nuestra casa común y han hecho posible que hoy disfrutemos de ella.

Mi abuela solía recordarme que a las personas hay que mostrarles nuestro agradecimiento y homenajarlas en vida. Y qué mejor manera de valorarlas que crear un escenario y un contexto en el que puedan compartir con nosotros cuál ha sido su experiencia de la Universidad, qué problemas afrontaron, cómo vislumbraron las posibles soluciones.

Y por qué no sentar en el ágora de nuestra Universidad, en nuestro Paraninfo, a los protagonistas del devenir histó-

rico de nuestra institución, invitarlos a dialogar de tú a tú en una conversación conducida, guiada y estimulada, alternándose en cada entrega, por los dos directores de la Colección: Adelaida Hernández Guerra, cariñosamente Yaya, quien ha sido responsable de nuestro gabinete de comunicación a lo largo de todos estos años y que ha vivido de primera mano y en primera línea el devenir de la casa, desde sus inicios hasta su realidad actual, con una admirable entrega a su labor; y Antonio María Martín Rodríguez, catedrático de Filología Latina de nuestra Universidad y Director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica.

La colección está coordinada por el Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus, José Luis Trenzado, y responde a las reflexiones en el seno del Equipo de Gobierno, con el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica y la propia comunidad universitaria. Tenemos que mantener vivo aquel diálogo que nos engendró y alzar la voz para que se recuerde de dónde venimos y cuál es nuestra misión.

Nuestra intención es promover esta idea, que une a cuantos trabajamos en esta casa común que es nuestra Universidad, y divulgar una amplia colección de libros y vídeos que comparta una instantánea personal de cómo vieron y vivieron nuestra Universidad quienes la han hecho posible a lo largo de los años. Un repositorio de nuestra memoria viva, de modo que podamos preservarla para las jóvenes generaciones actuales y las generaciones futuras. Una buena oportunidad para recordar lo que hemos logrado juntos y animarnos a alcanzar nuevos retos. Siempre juntos.

Feliz memoria.

Feliz diálogo.

Lluís Serra Majem
Rector

Introducción a cargo del Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus

La historia de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (ULPGC) merece ser contada, de eso no me cabe ninguna duda, pero esta historia no comienza el 26 de abril de 1989, fecha de su creación, sino que viene de mucho más atrás. La Universidad Politécnica de Las Palmas (1979) —luego Universidad Politécnica de Canarias (1984)—, el Colegio Universitario de Las Palmas (1973), y las Secciones de Magisterio (1971) y Empresariales (1972) de la Universidad de La Laguna conformaban el sólido núcleo universitario que, finalmente, con el clamoroso apoyo de la sociedad grancanaria el 7 de julio de 1982 y, en especial, el 19 de mayo de 1988, dio lugar a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Y desde entonces ya han pasado más de tres décadas.

En el mes de febrero de 2021, en el transcurso de una ya memorable reunión en el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la ULPGC, el hoy Rector Lluís Serra Majem planteó la necesidad de crear una colección de libros para relatar nuestra historia de una manera diferente. *La historia contada por sus protagonistas*, esa era la sencilla y poderosa idea del Rector Serra. Era necesario, pues, recurrir a los actores principales de nuestra pequeña gran historia. Era preciso, por tanto, acudir a las personas que no solo tomaron las grandes decisiones, sino que también, viviendo su vida diaria, construyeron inconscientemente la historia de nuestra Universidad. El objetivo estaba claro y la oportunidad existía, solo faltaba decidir cómo abordar el proyecto.

Se nos antojaba que la única manera posible de hacerlo era mediante fructíferos encuentros que propiciaran largas conversaciones entre algunas personalidades relevantes de nuestra ya extensa vida académica. Y así lo hemos hecho. De este modo, en cada entrega, uno de los directores de la Colección dialoga con dos o más invitados sobre sus vidas, sus trayectorias profesionales y sus contribuciones a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Varias cámaras graban para la posteridad ese manifiesto oral y visual de los testigos de nuestra memoria, generándose así un registro audiovisual único y sin precedentes. Estos inestimables documentos visuales y sonoros serán recopilados en repositorios institucionales y de acceso libre para garantizar su preservación y su difusión. Pero no solo eso. Para favorecer aún más su sólida perdurabilidad y en consonancia con la idea primitiva, se decidió que lo registrado oralmente también se pusiera por escrito, siendo el resultado de una de esas transcripciones el libro que ahora, querido lector, tiene usted en sus manos.

Es el tiempo ahora de mirar atrás y sumergirnos en nuestra historia. Es el momento de rememorar cómo eran las cosas en aquellos tiempos cuando ya la Universidad no era de nadie y era de todos. Es la mejor ocasión que se presenta a las generaciones actuales y venideras para identificar los rostros del pasado, fijar sus voces, sus gestos... En algún lado he leído que lo importante no es evitar olvidar, sino querer recordar. Esa es la esencia misma de esta Colección, pues *Diálogo vivo ULPGC* no es más que un ejercicio voluntario, generoso y plural de evocación de aquello que muchos amamos con probada pasión: la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Feliz lectura.

José Luis Trenzado Diepa
Vicerrector de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus

Entradilla al primer número de *Diálogo vivo UPLGC* a cargo de su moderadora

Diálogo vivo UPLGC es un proyecto editorial del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, que parte de una idea del Rector Lluís Serra Majem, con el objetivo de conservar la memoria de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en las propias palabras dialogadas de las personas significativas que han marcado el devenir de la institución en sus más de 30 años de vida. Esta memoria se va a conservar en unos volúmenes y en unas grabaciones realizadas con la colaboración del Laboratorio de Medios de Producción de Televisión de la UPLGC.

Se inicia este proyecto con los dos primeros rectores de la institución, Francisco Rubio Royo y Manuel Lobo Cabrera, que dialogan conmigo en una sesión celebrada el 21 de junio de 2021 en el Paraninfo de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que contó con la presencia del Rector Lluís Serra, que realizó la presentación de la Colección.

Yaya Hernández Guerra
Gabinete de Comunicación

La formación de la Universidad
Diálogo vivo ULPGC, 1.
(Transcripción)

Presentación del Rector Lluís Serra Majem

Iniciamos con mucha ilusión un proyecto que intenta salvaguardar el legado de nuestra universidad y recordarlo. Y hoy empezamos, en esta primera edición, con, quizás, las dos personas más importantes e influyentes de nuestra joven universidad: el profesor Francisco Rubio y el profesor Manuel Lobo.

Este proyecto, a partir de una iniciativa promovida por el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de nuestra Universidad, intenta difundir nuestra historia, nuestra corta historia, nuestro legado, a fin de potenciar esto que pretendemos sentir, que es el orgullo ULPGC, el orgullo de las cosas bien hechas.

Don Francisco Rubio Royo es catedrático de Física Aplicada. Ha sido decano de la Facultad de Químicas, vicerrector de Ordenación Académica y de Profesorado de la Universidad de La Laguna en el periodo 1975-1980, rector de la Universidad Politécnica de Canarias, rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en los años 1982-1998 y rector honorario de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde 1999. Pero, desde entonces, el rector Rubio Royo, el amigo Paco, no se ha quedado quieto. Ha seguido formándose, ha seguido estableciendo alianzas con otras instituciones, y hoy y siempre ha seguido muy activo, actualmente liderando un proyecto del Consejo Social de nuestra Universidad que se llama “Cana-

rias Importa”. Muchas gracias por aceptar este primer *round* de coloquios de *Diálogo vivo*.

Don Manuel Lobo Cabrera, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y, anteriormente, de la Universidad de La Laguna, ha sido vicerrector de la Universidad de La Laguna desde el año 1984 a 1989, vicerrector de Investigación en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde 1994 a 1998 y rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde 1998 a 2007. Don Manuel, Manolo para los amigos, es una persona muy activa en la investigación, muy activa en la docencia, muy escrupuloso con su trabajo diario tanto investigador como docente.

Yo creo que ambos se complementan. Con dos personalidades distintas, pero qué duda cabe de que han sido los verdaderos tractores del lanzamiento de esta Universidad, que ahora quizás necesita otro periodo de máximo apogeo.

Y para moderar, ¿quién podría moderar? Nuestra mejor profesional, nuestra mejor periodista, Yaya Hernández Guerra, que es una perla de nuestro Rectorado. Una persona que lleva toda su vida en la Universidad y que ha trabajado con todos sus rectores. Yo estoy encantado con su trabajo y su colaboración y estoy seguro de que va a sacar todo lo mejor de esta entrevista, de este diálogo entre nuestros dos grandes maestros y progenitores. Yaya, los dejo en tus manos. Muchísimas gracias.



F.R.R.: Francisco Rubio Royo

M.L.C.: Manuel Lobo Cabrera

Y.H.G.: Yaya Hernández Guerra

Y.H.G.— Muchas gracias, Rector. Para mí, por supuesto, es un honor y un placer estar con los dos primeros rectores de esta Universidad, con los que trabajé todos los años de sus mandatos siempre muy a gusto, y con los que quiero establecer un diálogo vivo de sensaciones y sentimientos. Porque los hechos están; los hechos se buscan y se encuentran. Pero ¿qué ha pasado hasta llegar, hasta trascender el Rectorado por sus cabezas?, ¿qué han pensado?, ¿cómo lo han sentido?, ¿cómo lo han vivido? Creo que es lo que de verdad quedará como recuerdo de esos mandatos. Y vamos a comenzar trasladándonos a su juventud. Cuando eligieron estudiar carrera, ¿por qué eligieron la carrera que estudiaron, Física e Historia en cada caso?, ¿había algún antecedente familiar de esas mismas ramas?, ¿cómo se plantearon esa vida universitaria?

F.R.R.— En mi caso, lo primero que creo que hay que hacer es tener en cuenta en qué época fue, porque nos remontamos a los años 59-60 del siglo anterior. Entonces, bueno, yo soy el primero de mi familia, la primera persona de mi familia que llega a la universidad y, en aquella época, además, la estructura universitaria no era como ahora. Me refiero a la diversidad de titulaciones y de opciones y, además, no existía absolutamente ninguna orientación de tipo psicológico o como se quiera llamar. Hay que tener en cuenta que, en aquella época, existían solo dos grandes grupos de cosas: Ciencias y Letras. Después existía otra cosa denominada “Ingenierías”. Pero las Ingenierías en aquella época no pertenecían a la universidad, sino que formaban parte de aquel conjunto de escuelas especiales que estaban relacionadas con los ministerios. En ese entorno, en ese contexto que había, yo era de Ciencias. Por lo tanto, casi me atrevería a decir que, en aquel tiempo, solo existían como titulaciones de Ciencias, creo recordar, Físicas, Químicas y Matemáticas, pero todo el

mundo que quería estudiar Ciencias, incluso los que querían estudiar Ingenierías, tenían que hacer primero un curso que se llamaba Selectivo de Ciencias. Entonces yo me metí en ese fregado y ya, a partir de segundo curso, era cuando había que elegir. ¿Por qué elegí Físicas? Pues, es curioso, porque quizás yo sacaba siempre mejores notas en Química que en Física, pero quizás tuve en primero un profesor, Joaquín Catalán, en la Universidad de Valencia, que me atrajo mucho y por eso decidí estudiar Físicas. La cosa de Ingeniería me parecía muy complicada, porque no es como ahora, sino que cuando un alumno—casi que, en aquella época, no se podía decir alumna—superaba el Selectivo, se tenía que enfrentar a un examen de ingreso y un examen de ingreso significaba aprender a resolver todo tipo de problemas, sobre todo de matemáticas y de física. Y claro, yo después en el Colegio Mayor vi a los tíos lo que hacían y me dije, yo, eso, soy incapaz de hacerlo... [Risas].

Y.H.G.— Por Físicas...

F.R.R.— Entonces, me fui por esa vía y empecé en Zaragoza y continué en Madrid.

Y.H.G.— ¿Y en su caso, rector Lobo?

M.L.C.— Bueno, yo soy un híbrido entre Ciencias y Letras y voy a explicar por qué. Desde bastante joven dejé de estudiar y me puse a trabajar. Tenía trece años y tengo mi primer contrato de aprendiz de esa época y, además, cotizado. Volví a los estudios en el Nocturno, donde no había Letras. Yo había hecho ya el Bachiller Elemental, pues, en aquella época, había Bachiller Elemental, Bachiller Superior y PREU, así que, o hacías Ciencias o no estudiabas. Con lo cual, dije yo: “Bueno, pues una opción es estudiar”, porque en mi familia tampoco nadie había estudiado anteriormente. Así que hice el Bachiller de Ciencias

y acabé el Bachiller Superior con la reválida de Ciencias. Y, afortunadamente, se produjo un hecho que es muy largo de contar, único hasta ese momento, como es la creación del primer Preuniversitario mixto que hubo en toda Canarias. Un Preuniversitario mixto en el que los varones teníamos las actas en el Instituto Alonso Quesada y las chicas en el Instituto Isabel de España, pero dábamos todos clases en el Isabel. En ese lapso me dieron clase de Historia dos mujeres que me marcaron, que eran María Teresa Martínez y Emilia Viu. A mí me gustaba su forma de exponer: no era una Historia memorística, era una Historia hecha a base de cuadros, a base de razonar, y eso me enganchó. Además, me enganchó también que Emilia Viu tenía un primo que era catedrático de la Universidad de La Laguna, que se llamaba Cacho Viu, Vicente Cacho Viu, y me propuso ir a La Rábida a un curso de verano. Yo fui a ese curso de verano y ahí ya me decanté directamente por hacer Letras. En mi época solo había Filosofía y Letras, era lo único que había y luego había dos años selectivos, es decir, no uno sino dos. Teníamos que hacer primero latín, griego y árabe y luego pasábamos a estudiar la especialidad. Y, justamente, yo estaba entre hacer Semíticas, que eran árabe, hebreo y arameo, o hacer Historia y, al final, dado que hacer Semíticas me obligaba a desplazarme a Madrid, pues decidí quedarme en La Laguna y hacer Historia. Hice, por lo tanto, el segundo ciclo de Historia. Ese es un poco el proceso y mi interés por la Historia era porque de pequeño me gustaba que me contaran cuentos o historias pasadas, familiares... y eso yo creo que influyó también, pues fue moviendo el gusanillo del interés por esa disciplina.

Y.H.G.— Ya en la primera respuesta han puesto los dos en valor, el valor de un maestro, lo que guía un maestro en la vida.

F.R.R.— Pero, fíjate, que yo ahora siempre les digo a los chicos que no elijan una carrera en función de si han tenido un buen profesor o no, porque eso da lugar a veces a muchos fallos en el proceso.

«No hay que elegir una carrera por tener un buen profesor, sino por las competencias naturales del estudiante»

Y aunque siempre se puede cambiar, y más ahora, lo cierto es que una persona debe elegir en función de sus competencias naturales y de sus fortalezas naturales.

Y.H.G.— Que no siempre es fácil tener claro con veinte años. [Risas].

M.L.C.— Bueno, yo les digo que elijan la carrera con la cual sean felices, porque en la vida hay que ser feliz. Yo he tenido experiencia, en mi docencia, de tener alumnos que, obligados por circunstancias, por la presión familiar, han hecho Medicina y luego han sido infelices. Y, luego, a alguno de esos mismos alumnos lo he tenido en Historia y entonces me decía: “Yo aquí me siento realizado, yo aquí es como disfruto”. Por eso, a partir de esa experiencia, yo siempre les digo a mis alumnos y se lo digo también a los padres, cuando los padres dicen eso de que una carrera no tiene salida, “pero, vamos a ver, el tema no es que tenga salida o no, el tema es que las personas sean felices con lo que quieren hacer en la vida.

«Yo aconsejo elegir una carrera en la que sean felices, porque en la vida hay que ser feliz»

Ya buscarán cómo salir adelante y, como dice el refrán, ‘burro cargado busca camino’, y yo creo que eso es lo interesante muchas veces. [Risas].

Y.H.G.— Y, ustedes, de estudiantes universitarios, ¿participaban en la vida académica? Es decir, ¿eran unos estudiantes implicados? Aunque estamos hablando de épocas predemocráticas...

F.R.R.— Prehistóricas. [Risas].

Y.H.G.— En esa época, no siempre era fácil tener participación por parte del alumnado. Pero, como alumnos, ¿estaban implicados en la vida académica de las facultades donde ustedes estudiaban?

F.R.R.— ¿En la vida académica o en la vida extraacadémica?

Y.H.G.— La pregunta intenta ver si por ahí se gestó el querer ser profesor universitario, digamos que esa es la idea de la pregunta.

F.R.R.— Bien, en mi caso, por ejemplo, yo lo primero que quiero decir es que no saben ustedes lo difícil que era explicarle a mi entorno familiar lo que yo estudiaba, porque no tenían ni idea de lo que era aquello, creían que era algo de bombas... hacía no mucho tiempo que había ocurrido lo de Hiroshima y Nagasaki. Creo que hay una cualidad que en aquella época era importante y que podemos llamar competencia: una cosa no importa que te guste o no te guste; si hay que hacerla, se hace.

«Una cosa no importa que te guste o no te guste, si hay que hacerla se hace»

Ese fue el paradigma que a mí me inculcaron, porque, si no, tenía que volver al campo. Bien. Entonces, yo intenté hacer las cosas lo mejor que pude, con alguna travesura a lo largo de la carrera. Pero sí que, por ejemplo, y es una constante que yo he tenido a lo largo de mi vida, a medida que pasan los cursos, mi rendimiento es muchísimo mayor

y eso es algo que me pasó tanto en el Bachillerato como durante la carrera universitaria en la Complutense en Madrid.

M.L.C.— Bueno, yo viví una época convulsa, porque a mí me tocó a partir del 70 y hasta el 75...

Y.H.G.— ... el final del franquismo, digamos.

M.L.C.— ... y entonces había una cantidad enorme de huelgas en la universidad. Recuerdo, por ejemplo, que sí participaba, porque teníamos asambleas todos los días a ver qué decidíamos. Además, los estudiantes de aquella época se solidarizaban con los guagüeros, con las señoras de la limpieza, con los bedeles... con lo cual teníamos una huelga un día sí y otro también. Lo que yo recuerdo de aquella época es que tuve un curso, que fue Primero, en el que apenas di clase. O sea, los profesores —que me recuerdan ahora a algunos profesores en algunas facultades que les mandan a los alumnos un PDF en octubre y les dicen que se ven en enero—, pues los profesores nos mandaban unos manuales, porque no había manera de dar clase, y nos examinamos con aquellos manuales, sin apenas haber tenido clases. En el caso de mi familia, también como en la de Paco, mi padre no entendía nada. Mi padre estaba muy orgulloso de que su hijo estuviera en la Universidad, pero mi padre me decía: “¿Cuántas apruebas?”. Porque, claro, yo le podía decir latín o griego, pero a mi padre aquello le sonaba a chino, con lo cual yo sí fui un alumno implicado, no quedaba otra. Además, había que ir a todas las asambleas a ver lo que se decidía, porque hoy se decidía que había clase y mañana se decidía que no había y, claro, aquello era un sinvivir. Esa situación se mantuvo, sobre todo, durante los dos primeros años, que además eran complicadísimos. Yo estudiaba con beca y si no aprobábamos el curso, que era selectivo, con una nota superior a notable, perdíamos la beca. Con lo cual, era

estar en la vida extraacadémica, pero sin soltar amarras, porque había que aprobar el curso a toda costa.

«Perder la beca era jugarte seguir estudiando o no poder seguir estudiando»

No valía suspender una; había que sacar siempre siete asignaturas como mínimo para poder continuar con la beca. Perder la beca era jugarte seguir estudiando o no poder seguir estudiando, porque mis padres, indudablemente, no podían mantenerme.

Y.H.G.— ¿Cuándo se despertó el gusanillo de ser profesor universitario? ¿En qué momento de su carrera?

M.L.C.— Desde el principio, desde el principio. Sí, sí, a mí me gustaba aquello de mandar, de mandar, dirigir un aula y organizar a la gente. [Risas]. Aquello de verdad que me gustaba y desde que terminé presenté solicitudes en todos sitios. En aquella época teníamos más suerte y me tocó una escuela en El Calero de Telde, pero, el día que tomaba posesión, me llamaron de la Escuela de Magisterio y ahí empecé, afortunadamente, mi carrera como profesor universitario.

Y.H.G.— ¿Y en su caso, rector Rubio?

F.R.R.— Bueno, yo soy de una época anterior a la de Manolo y, en la época en que yo estudié, era época franquista y además estaba en un Colegio Mayor que se llamaba José Antonio, que es el edificio donde ahora está el Rectorado de la Universidad Complutense de Madrid. Es un edificio extraordinario, al lado de la Casa de Brasil, en la Ciudad Universitaria.

Pero, en mi curso, había personas que después representaron unos papeles políticos muy importantes. Un compañero mío de curso y, además, muy próximo a mí en aquel

momento, aunque yo no sabía de qué partido era ni qué hacía, era Javier Solana. Otro compañero era Juan Rojo, que después fue secretario general de Universidades, o Carmen de Azcárate. Había gente con una conciencia política, pero mi padre me había dicho que no me metiese en líos y que estudiase y, entonces, dentro de lo que cabe, fue así.

¿Por qué llegué a ser profesor? Miren, yo elegí la rama de Física Aplicada dentro de las pocas especialidades que había en aquel momento y, entonces, si tenías buenas notas, los profesores intentaban captarte y, en ese momento, a mí me ayudó mucho Roberto Moreno, que formaba parte del grupo de Física Industrial de José García Santesmases. Además, estábamos en el mismo Colegio. Roberto es dos o tres cursos superiores al mío, no me acuerdo. Yo quería ir al Laboratorio de Magnetismo porque me gustaba mucho la predisposición del profesor Salvador Velayos, pero Velayos me dijo una cosa: “Si usted se queda aquí, no va a tener futuro, porque esto no tiene muchas salidas más que la universidad; ¿por qué no va a Física Industrial como le ha propuesto Santesmases?”. Y entonces, lo que hice fue eso, me apunté allí y después, simplemente, me puse en cola.

Y.H.G.— [Risas]... hasta que tocara el turno. Bueno, ya los tenemos desarrollando su vida profesional como profesores universitarios. ¿En qué momento surge la idea de ser rector?, ¿cuál fue el primer momento en que pensaron “puedo ser rector” o “quiero ser rector”?

F.R.R.— Vamos a ver. Lo que sí es cierto es que yo estuve desde muy temprano en la gestión universitaria desde mi llegada a la Facultad de Ciencias de Zaragoza, que fue mi primer paso desde la Complutense. Entonces las oposiciones se hacían a profesor agregado, que eran seis ejercicios como los de cátedra y después, por acceso, pasabas a cátedra. Yo saco la plaza de agregado de Electrónica de

Zaragoza y me voy allí y, entonces, debía ser porque yo escuchaba mucho a los alumnos y a los PNN [Profesores No Numerarios], me hicieron vicedecano de la Facultad de Ciencias. Una Facultad de Ciencias que tenía Físicas, Químicas y Matemáticas en aquel momento. Después, yo paso a La Laguna. En La Laguna, a poco de llegar yo...

Y.H.G.— Y ese salto, ¿no fue fácil?, ¿no?

F.R.R.— No, fue de acceso. Salió una cátedra que estaba vacante y concursé allí. Tuve la oportunidad de ir también a Santander, pero no sé, me atraía Las Palmas. Hay que tener en cuenta que yo hice las prácticas de milicias en Las Palmas.

Y.H.G.— ...ya conocía Canarias.

F.R.R.— Bueno, conocía un poquito Gran Canaria y Tenerife. El caso es que, cuando sube al rectorado Antonio Bethencourt, me hace vicerrector de Ordenación Académica y Profesorado, que, por cierto, es, o era, en aquella época, el vicerrectorado más complicado de todos. Además, en una universidad en que los PNN eran causa... y, en una época donde se empezaban a crear nuevas facultades, como Farmacia, como Psicología o como Económicas, que hasta entonces no existían. Porque, ¿verdad, Manolo?, las facultades que había entonces eran Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias Químicas, es lo que había.

Yo estoy con Antonio [Bethencourt] mucho tiempo y llega un momento en que se producen las primeras elecciones democráticas. Dejo el Vicerrectorado y me presento, porque los PNN y los alumnos me impulsan, y salgo decano de la Facultad de Ciencias Químicas. De tal manera que, como yo no podía hacer nada de lo que había dicho, monté una Junta de Gobierno paralela. Las cosas iban primero a la Junta de Gobierno paralela y después íbamos a dar donde estaban todos los catedráticos.

En esa época, gracias a Roberto Moreno y a Chicho García Blairsy, que es el padre de Guillermo García Reina, empiezo a relacionarme más intensamente con el tejido social. Roberto deja el Colegio Universitario y, entonces, el Cabildo, que era el organismo del que dependía el Colegio, me ofrece ser director. Y bueno, así empecé. Y luego llega un momento en que la Politécnica se queda sin presidente de la Gestora. ¿Por qué presidente de la Gestora? Porque una universidad hasta que no tenía establecidos sus estatutos no podía tener rector, sino que tenía un presidente de gestora y una junta gestora. En ese momento me ayudaron mucho, mucho, mucho las Escuelas Universitarias, porque la Universidad Politécnica, que es uno de los gérmenes de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, era muy curiosa, porque solo tenía inicialmente dos centros superiores, que eran la Escuela de Ingeniería Industrial y la Escuela de Arquitectura, y tenía también cinco o seis escuelas universitarias, que eran las antiguas de peritos.

**«Contra todo pronóstico gano. ¡Gano!
Entonces pensé: “He llegado a un cargo,
pero no sé muy bien de qué va”»**

Tres personas me ayudaron mucho: Tomás López Fragoso por parte de la Escuela de Agrónomos, que estaba en Tenerife, pero que pertenecía a la Politécnica, primero de Las Palmas y después de Canarias; también me impulsó mucho Octavio Santana, que era el director de la Escuela de Informática aquí; y, finalmente, me impulsó mucho también Pepe Plácido, que era el director de la Escuela Universitaria Politécnica. Contra todo pronóstico gano. ¡Gano! Entonces pensé: “He llegado a un sitio, pero no sabía muy bien aquello de qué iba”. Lo que es cierto es que ser rector no tiene nada que ver con ser decano ni con ser vicerrector.

Y.H.G.— Ahora abundamos en lo de ser rector. [Risas].

F.R.R.— No, pero no es por lo que se manda... [Risas].

Y.H.G.— Pero abundamos ahora, abundamos en lo que es ser rector. [Risas]. Primero escuchemos cuándo se le ocurrió a Manuel Lobo.

M.L.C.— Yo llegué a la gestión bastante joven. Estaba, como digo, en la Escuela de Magisterio, que en aquella época era una escuela universitaria. Y, mientras daba clases, que daba cerca de veinte horas a la semana —cuando la gente hoy con seis horas se escandaliza y para repartir un crédito estamos tres horas discutiendo a ver quién se lleva el crédito—, digo, daba veinte horas a la semana y, además, hacía la tesis, que la hice en cuatro años a pesar de que daba tantas horas de clase. Y, en aquellos momentos, había una persona —a veces, cuando uno es joven, se es muy impulsivo—, que era el director de la Escuela, don José Martel, el padre de Pablo Martel, y, bueno, se montó una especie de Gestora en la Escuela, porque Martel, supuestamente, significaba lo anterior, significaba el franquismo, había que renovar la Escuela. Y la nueva directiva, como yo era muy ordenado, me nombra secretario, con lo cual ahí empezó mi carrera de gestión. Yo era de los pocos numerarios que existían en la Escuela de Magisterio en aquel momento y yo saqué las oposiciones en el año 81. Eran unas oposiciones que se hacían en aquella época en Madrid, para ser Agregado de Escuela, donde se presentaban seiscientos para catorce plazas y, bueno, afortunadamente, saqué aquellas oposiciones y, cuando regreso, era rector de la Universidad de La Laguna Gumersindo Trujillo y fue entonces también cuando empezó todo el movimiento pro-Universidad de Las Palmas. Con la intención de procurar acercar, por decirlo de alguna manera, o gestionar mejor lo que existía en Las Palmas, Gumersindo

me nombra vicerrector para el Campus de Las Palmas. Fue un periodo también interesante. Las propias personas que estuvieron en la Gestora en aquellos momentos me apoyaron, teniendo en cuenta que entonces solo había en Las Palmas, como centros de la Universidad de La Laguna, la Escuela de Magisterio, Empresariales, el Colegio Universitario, que era un centro adscrito y, luego, en mi época, se crea Veterinaria. Yo tuve mucho apoyo de las personas que estaban en esos momentos al frente de esos centros, porque significaba un poco ayudar a descentralizar. Recuerdo de aquellos momentos personas tan entrañables para mí como Rafael Esparza, Paca Piedra cuando fue decana, Beatriz González, Antonio Marrero... Bueno, un grupo de gente que además teníamos que ir a La Laguna a las Juntas de Gobierno y parecía como si fuéramos... Cuando nos veían llegar nos tenían un poco de miedo, porque nosotros íbamos siempre a plantear demandas. Aquello, indudablemente, sirvió de poco, porque La Laguna fue siempre un poco cicatera con Las Palmas. Volví a ser vicerrector con Julio Delgado, que fue un rector que estuvo en funciones, y luego fui vicerrector con José Carlos Alberto, que fue ya el último de los rectores antes de que se desarrollara el movimiento pro-Universidad de Las Palmas. En este punto, tuve un final, yo creo que feliz, pero también polémico, porque la Universidad de La Laguna no aceptaba lo que había sucedido. Entonces, lo que yo hago es poner el Vicerrectorado en manos de un notario, don Vicente Rojas, porque la Universidad de La Laguna ni admitía mi renuncia ni admitía el cierre del Vicerrectorado, con lo cual era una situación totalmente complicada. Afortunadamente, don Vicente Rojas, que en paz descansa, me ayudó muchísimo y entonces yo le di las llaves del Vicerrectorado y, como ya estaba en la lista de profesor universitario de la Universidad de Las Palmas, pues se suponía que aquello se rompía. Yo estuve después un

tiempo en *stand by* desde el año 1989 hasta el año 1994. Me dediqué a las actividades propias de un profesor universitario. Es verdad que, en ese lapso, don Francisco Rubio me llamó para que fuera vicerrector con él, porque había habido algunas bajas, pero yo, en aquel momento, le dije a Paco que no, que yo no iba a aceptarlo. En el 94 se plantea una nueva candidatura y entonces yo acepto entrar en ella. Era una candidatura mínima, porque la formaban el rector, tres vicerrectores, el secretario general y el gerente. La verdad es que formamos un grupito bastante interesante, con muchísimo trabajo, porque nos teníamos que desdoblar. Éramos tres vicerrectores y yo tenía más competencias que el papa, o sea, era vicerrector de Investigación con un montón de cosas más... Sin embargo, teníamos una relación muy estrecha y lo más importante de todo es que éramos bastante sinceros. Yo no sé si Paco se acuerda de eso, pero en las reuniones de grupo nos decíamos lo que teníamos que decirnos, como diría Felipe González, “sin acritud”, pero, normalmente, poníamos las cosas en claro de lo que podía ser la situación.

«El profesor Rubio decidió que no se presentaba más, que se iba y, entonces, en aquella situación, yo dije: “Bueno, ya que estoy aquí, esto no es tan complicado y creo que yo lo puedo hacer”»

Pero yo nunca pensé en ser rector, aquello iba sucediendo porque me iban llamando, pero yo no pensaba... porque, claro, en esas elecciones se presentaba el rector y yo iba de coletilla al lado, él salía y salía yo, pero no tenía que hacer campaña. Entonces el profesor Rubio decidió que no se presentaba más, que se iba y, entonces, en aquella situación yo dije: “Bueno, ya que estoy aquí, esto no es tan complicado y creo que yo lo puedo hacer”. Encontré

un grupo de gente que también me animaron y que se unieron al proyecto, como eran Antonio Marrero, Paco Quintana, Roberto Sarmiento... todo el grupo que formó parte de nuestra candidatura, y yo lo único que me planteaba era, “¿qué puede pasar, que no salga?”. Pues nada, me presenté, salí y, desde entonces, yo entiendo que un rector no puede estar cuatro años...

Y.H.G.— Que necesita un mandato mayor para desarrollar su proyecto.

M.L.C.— ... por eso yo cambié el mandato a cinco años, luego se cambió otra vez a cuatro, da lo mismo. Yo entendía que en cuatro años no da tiempo, que si se quieren hacer acciones importantes que puedan trascender, pierdes un año —y el rector actual lo sabrá— conociendo a la gente y conociendo a la Universidad.

Y.H.G.— Conociendo el terreno.

M.L.C.— Como afortunadamente tengo mucha memoria por ser historiador, llegó un momento en que yo conocía a todo dios en la Universidad, nadie me engañaba. Luego, bueno, pues pasado el primer mandato, digo, “vamos a continuar esta labor”, aunque siempre tuve claro que no iría a más de dos mandatos... a pesar de que tanto en la época de Paco Rubio como en la mía no teníamos límite, o sea, podíamos estar *in aeternum*.

Y.H.G.— No teníamos en esa época en la ULPGC limitación de mandatos.

M.L.C.— Pero yo entendía que dos mandatos son más que suficientes y que luego entre nueva savia y que entren otros con ideas distintas a las que uno tiene, porque lo peor que uno puede pensar es que la Universidad es de alguien o que un Ayuntamiento es de alguien. No, la Universidad es del conjunto de la comunidad, como los ayuntamientos

son del pueblo y lo que está es una persona al frente que gestiona.

Y.H.G.— Y ser rector, ¿es mejor o peor de lo que creían? [Risas].

F.R.R.— Yo no lo podría comparar, porque yo no sabía nada. También es verdad que nosotros, como Politécnica, éramos una mini universidad. Piensen que en aquel tiempo en España solo había tres Politécnicas, que eran Madrid, Barcelona y Las Palmas. Lo cual, si lo comparamos con el peso del sector industrial en el segmento productivo canario, pues quizás era de los sitios donde menos sentido tenía tener una Politécnica, tenía mucho más sentido en Bilbao o País Vasco, pero, bueno... era lo que había y...

Y.H.G.— Y lo que se pudo crear, ¿no?

F.R.R.— Salimos adelante. Yo creo... vamos a ver... quizás yo es que viví una época de la Universidad muy interesante, porque fue el impulso inicial y una primera estabilización que Manolo consolidó perfectamente, porque Manolo Lobo es un gran gestor.

**«Al crear la ULPGC teníamos dos cosas,
que la gente tenía ilusión y que había un
respaldo social extraordinario»**

Entonces, lo que sí que tuvimos fueron dos cosas: que la gente tenía ilusión —era parecido a cuando en España se produce la transición política, que los mejores estaban en la política—, pues, en aquella Universidad, la gente te permitía tener fallos, teníamos objetivos por encima del día a día, cosa que dificulta mucho siempre la gestión en cualquier cargo institucional. Y, después, teníamos un respaldo social extraordinario. Yo, por ejemplo, tuve la suerte

de tener dos grandes presidentes del Consejo Social. Yo soy un convencido de que no puede haber un enfrentamiento entre un rector y un presidente del Consejo Social. Siempre recordaré, sobre todo, a Lizardo Martel que fue muy mentor mío. Yo aprendí muchas cosas de Lizardo Martel. Cuando se intentó crear la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, se sucedían reuniones en casa de Juan Díaz, en donde tenía el chalé aquel arriba [en La Cornisa] y creo recordar que estábamos Miguel Suárez de Tangil y yo y le planteábamos... —estaba también Lorenzo Olarte, que fue quien firmó el acta de creación—, entonces le decíamos a Lizardo: “Es que no tenemos nada, ni patrimonio ni dinero”, y entonces él nos dijo: “Consigamos esto y después resolveremos lo otro”. Y, efectivamente, fue así. La segunda cuestión con Lizardo es que yo me reunía con él todos los lunes a las nueve de la mañana y me propuso lo siguiente: “¿Te parece bien que los problemas o las situaciones las resuelva aquel que tiene mayores posibilidades de éxito independientemente de sus competencias?”. Y yo le dije: “Te lo compro”. Eso nos fue extraordinariamente bien. De hecho, mi posible ida a recuperar toda mi carrera profesional en la Universidad de la Columbia Británica, en Vancouver, en Canadá, fue posible gracias a una beca que me dio el Círculo de Empresarios.

En los inicios, ibas por cualquier sitio y se veía que aquello fue una labor, una lucha... Y, por ejemplo, nos pudimos comprometer en algo que ya después ha sido muy difícil, en una verdadera campaña de formación del profesorado, mandando a gente a centros específicos extranjeros, sobre todo en el área de Ciencias del Mar. Aquello fue algo que le hacía mucha ilusión a la gente, porque es que, además, no teníamos prácticamente nada. Fíjate que, cuando yo entro, el único centro que había en el Campús de Tafira

era la Escuela de Arquitectura y que fue un proyecto hecho por Félix Juan Bordes y Agustín Juárez. O sea, que eso fue lo que vivimos y también es verdad que vas aprendiendo mucho.

M.L.C.— Yo creo que no es lo mismo ser vicerrector que ser rector, para nada, sobre todo teniendo en cuenta que al final todos los problemas, todas las respuestas y todas las soluciones vienen al rector. Eso está claro. Yo tuve la suerte de contar con un gran equipo rectoral que me respaldaba a muerte, pero también es verdad que tuve una época muy, muy difícil.

«Yo tuve momentos bastante duros, incluso anunciar que cierro la Universidad si el Gobierno no atiende las peticiones de financiación»

Con Paco Rubio la Universidad tuvo, digamos, un asentamiento, pero, luego, había que desarrollarlo, había que terminar los edificios, había que hacer los accesos al campus, porque no se accedía sino por la rotonda y se montaban unas colas tremendas, no había dinero y yo tuve momentos bastante duros para poder resolverlos. Alumnos, durante mucho tiempo me han marcado un poquito, porque cuando yo tengo que anunciar que cierro la Universidad porque el Gobierno no atendía las peticiones de financiación, claro, yo hago levantar de la cama a Adán Martín, que el pobre estaba en aquellos momentos con la quimio. Eso siempre me ha quedado a mí como una pequeña herida, pero yo tenía que atender a la Universidad y, luego, fui a ver al presidente del Gobierno que, en aquellos momentos, era Román Rodríguez y me mandó un envite: “No te atreves” y le dije: “Pues provócame”. Y, entonces, en esa provocación, Adán Martín se levanta y empezamos

una negociación con Adán Martín a las diez de la mañana; un hombre que, además, salía de la quimio, y nos dieron las seis de la tarde. Cuando salimos de aquella reunión, en la que estábamos Paco Quintana, Antonio Marrero y yo, sin comer y sin nada, solo a base de agua y de ir al baño... estábamos perdidos, no sabíamos dónde estábamos. Queríamos ir al Parque Santa Catalina a tomarnos una copa e íbamos en dirección a Guanarteme. O sea, “¿dónde estamos?, pero ¿dónde estamos?”. Porque aquello fue como una especie de catarsis. Luego hubo otros momentos duros, sobre todo en aquellos momentos en donde los colectivos... Es verdad que algunos colectivos con el tiempo me han dicho que hacían huelga porque sabían que yo les iba a resolver los problemas. Claro, pero quien sufría aquellas consecuencias era yo. Y, sobre todo, algunas huelgas que, a pesar de que estaba el tema resuelto, seguían adelante. Tuve que tomar la decisión de descontar los días de huelga al profesorado, y era una huelga política contra mí. Entonces, claro, esas cuestiones sí te marcan bastante, porque de lo que te das cuenta es de que realmente lo que buscaba el colectivo que animaba aquel cotarro no era tanto resolver un tema que ya se estaba resolviendo por la vía institucional, sino que realmente lo que se estaba buscando era tumbar a un rector. Pues, claro, esos son los aspectos agridulces que tiene la gestión. También es verdad que nunca perdí el sueño, porque yo soy de los que tienen como dos máximas: las cosas se resuelven mañana, como decía Escarlata O’Hara en *Lo que el viento se llevó*, “Mañana será otro día”; y por otro, cuando me levantaba, me afeitaba y me miraba al espejo, decía: “Se van a joder”. [Risas]. Así, pues, yo tiraba para adelante y salía de mi casa a emprender la batalla que me esperaba ese día, pero es duro.

Y.H.G.— Es más duro de lo que parece *a priori*.

M.L.C.— Es duro, es más duro de lo que parece. Sí, porque la gente se queda con la foto fácil de que te reúnes con este, con el otro o con el de más allá. También es verdad que hay muchos momentos dulces. En la Universidad yo he tenido momentos muy dulces con respecto a la institución, como, por ejemplo, cuando vino a esta casa el Rey, Rigoberta Menchú o Saramago. Para mí fueron momentos que no sé cómo definirlos, pero que yo me alegraba más que por mí por dar una oportunidad al conjunto de la sociedad. ¿Comprendes? Pero, bueno, tiene su miga lo de ser rector.

Y.H.G.— Sí, sí... ¿Y qué no pudieron hacer?, ¿qué espinita les quedó durante sus mandatos?, ¿hay algo que quedara pendiente?

M.L.C.— A mí sí, a mí me quedó la espina de no haber reformado yo, me refiero en mi mandato, los planes de estudio. Esa fue mi espina, pero, por lo menos, en el caso de mi Facultad, afortunadamente, una vez que me incorporo a ella después de estar por ahí, el plan se ha reformado. El plan era un caos entonces. Claro, Bolonia no significó una mejora para nada. Esa es la espina que me ha quedado, no haber tenido yo tiempo de haber podido llevar la dirección de la reforma de los planes de estudio. [Risas].

Y.H.G.— ¿Y a Francisco Rubio?

F.R.R.— Bueno, yo de espinas no sé. Además, los momentos desagradables, desde la perspectiva temporal, quedan en meras anécdotas. Nuevamente, mis grandes dificultades vinieron desde dentro de la propia Universidad, porque, sobre todo las dos Escuelas Superiores que había, Industriales y Arquitectura, en general, no estaban por la labor. Una persona clave en todo este cambio fue Eduardo Cáceres y, sobre todo, una persona a la que yo le tengo reverencia, que es Alfredo Bescós, que también desgraciadamente murió. Pero, esa fue una lucha tremenda, tre-

menda porque se creaba un elitismo que realmente no se correspondía con la realidad, porque, por ejemplo, nosotros teníamos una Escuela de Aparejadores en Tenerife que en aquella época dirigía Miguel Ángel Fernández Matrán, que tenía una Maestría en Rehabilitación del Patrimonio Cultural que se ha extendido a todo el mundo. Y, entonces, en una reunión de directores de Escuelas de Arquitectura aquí en Las Palmas, presentan una moción de censura contra el Rector de la Universidad por apoyar ese máster. Esa fue una lucha muy grande porque yo creo, sinceramente, que la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria significó dar un paso adelante con respecto a lo que antes era una pura Universidad Politécnica. Había pocos doctores, había muy pocos catedráticos... El paso que dimos fue magnífico, porque vino gente con una experiencia universitaria extraordinaria. Con el tiempo las cosas se fueron dulcificando, pero las dificultades mayores vinieron por ahí. Quizás nosotros también fuimos muy tajantes cuando optamos por una estructura mixta de Universidad, departamentos-centros, cuando la LRU de Maravall; entonces aquí las Escuelas no lo entendían, porque creían que perdían su identidad. Por ejemplo, el hacer un edificio que albergase a los ingenieros industriales y a los ingenieros técnicos industriales fue una verdadera batalla campal, que hubo que hacer con medidas casi policiales o de comandos a las siete de la mañana.

Y.H.G.— El traslado... lo recuerdo.

F.R.R.— Que aquí quiero decir que la planificación la hicimos muy bien gracias a Yaya...

Y.H.G.— Bueno, bueno...

F.R.R.— ... porque nos reunimos primero, en dos almuerzos, con los responsables de los periódicos locales y les explicamos lo que queríamos hacer; y eso nos paró mu-

chas complicaciones, muchas, porque el trabajo fue duro. Había una oposición radical y una oposición dirigida por gente que, en el caso de la Escuela de Ingenieros, no eran ingenieros. Entonces, eso era como muy curioso, porque, fíjense ustedes la mentalidad que había en aquel momento, a los centros superiores no les cabía en la cabeza que pudiesen tener una biblioteca común con los centros técnicos, —“inferiores” debían ser, porque si unos son superiores...—. Bueno, ¿entiendes?, no podían tener la misma biblioteca. ¿No era mucho más lógico que los equipamientos que teníamos sirviesen para todos los laboratorios de una misma rama? Me da igual que fuese superior, inferior o medio... Pues esto fue una batalla bastante grande.

Y, después, otra experiencia mía muy, muy satisfactoria fue en relación con Lizardo, Lizardo Martel, en esto de que las cosas las resolvía aquel que tuviese la mayor competencia. Nosotros nos encontramos, por ejemplo, con un caso que legalmente no se podía abordar: admitir a una persona en unos ciertos estudios —no era Medicina ni era nada de Ciencias de la Salud—. Era una chica de Lanzarote, de Trabajo Social, con un problema familiar difícil. Entonces llamo yo a Lizardo y le digo: “Mira, tenemos este problema, ¿qué hacemos?”. Analizamos la situación y llegamos al acuerdo: “Vamos a admitir a esta alumna firmando un documento tú y yo”. Y así lo hicimos, porque se trataba de una niña, una chica cuya madre estaba en la prisión y la chica cuidaba de sus hermanos pequeños y no hubiese podido hacer nada si la hubiésemos dejado en la calle. Eso se dio, lo que no puedes hacer es intentar meter a alguien debido a que pertenece a un estatus al que se permite ese tipo de chantaje.

Y.H.G.— ¿Qué cualidad consideran que es imprescindible para ser un buen rector? ¿Cuál sería la mejor cualidad de un buen rector?

F.R.R.— Para mí, escuchar y tener paciencia. [Risas].

M.L.C.— Y tener mucha mano izquierda para poder sortear las situaciones que vengan, porque las situaciones muchas veces son sobrevenidas y, sobre todo, teniendo en cuenta que estamos en una administración donde gobiernan los administrados. O sea, el rector es preso muchas veces de los órganos.

«Estamos en una administración donde gobiernan los administrados. O sea, el rector es preso muchas veces de los órganos»

Tú llevas una propuesta interesante al Consejo de Gobierno creyendo que es buena para la Universidad y te la pueden tumbar, con lo cual, en eso hay que hacer, sobre todo, lo que dice Paco, escuchar, procurar escuchar todo lo que se pueda. También ser dialogante y luego tener un cierto carácter negociador, pero siempre con un poco de retranca, porque si no se lo comen al rector, pienso yo... [Risas].

Y.H.G.— Y hablando ahora de llevar cosas al Consejo de Gobierno para ser aprobadas, ¿cuál es el poder real de un rector?, o sea, ¿cuál es el poder real de un rector en una universidad? [Risas].

F.R.R.— Decirle al gerente que negocie con los que tienen que votar.

M.L.C.— Y, luego, también decirle al gerente que negocie con los sindicatos y con el comité de empresa, eso es lo que hay que hacer muchas veces, para poder resolver los asuntos y que no haya conflictos. Pero, la verdad, el poder es poco; la gente muchas veces se piensa que, porque uno salga en la prensa o porque lo inviten a alguna

comida con los empresarios, o algo así, que el rector tiene mucho poder. La verdad es que el rector tiene muchas relaciones, que también son muy buenas para la Universidad, sobre todo las relaciones con el tejido social, las relaciones con los empresarios... La Universidad no puede cerrarse a escuchar a los empresarios; los empresarios son, además, un elemento importante que puede ayudar mucho a la institución, incluso en momentos delicados, tal y como indicaba antes el rector Rubio, pero, por otra parte, normalmente es la experiencia la que te va ayudando muchas veces a saber cuál es el momento oportuno para llevar algo al Consejo de Gobierno y cuál es el momento en que no puedes llevarlo, porque sabes que no va a salir adelante y, por lo tanto, el poder del rector es poco. ¿No, Paco?

F.R.R.— Sí, hombre, el poder en el sentido de hacer lo que quieras.

«Tienes que convencer, pero es difícil convencer a gente que no se deja convencer, incluso con argumentos estrictamente objetivos»

Tienes que convencer, pero es difícil convencer a gente que no se deja convencer, incluso con argumentos estrictamente objetivos y yendo más allá de los intereses personales de cada ente. Es difícil.

Y.H.G.— Y, ¿un rector se siente solo? o ¿en quién se apoya un rector?

F.R.R.— En su equipo.

M.L.C.— En el equipo. Los equipos los elige normalmente el rector. Yo ya he dicho que tuve la suerte de tener un magnífico equipo, tanto en el primer mandato como

en el segundo. También es cierto que, a veces, dentro de cada equipo tienes confidentes y eso es humano. Son personas con las cuales tú te puedes abrir y además puedes expresar tu propio sentimiento y decirles: “¡Coño!, ¿qué hago con esto?”. Porque, a lo mejor, el resto lo puede ver también como un signo de debilidad por parte del rector. Entonces tú tienes una o dos personas a las que eres capaz de plantearles la cuestión y decirles: “Estoy jodido y no sé cómo salir de este embrollo”. El equipo es fundamental, o sea, tener un equipo unificado y un equipo para el que lo más importante sea el rector y no cada miembro, porque el rector es la cabeza y es él el que tiene que dar la cara. Por mucho que la gestión del Vicerrectorado de Ordenación Académica o de Investigación sean magníficas —la gente eso también lo valora—, pero, al final, a quien mira es al que está en el centro de la mesa y, entonces, el equipo, evidentemente, tiene que apoyarlo y ayudarlo. La experiencia que tengo antes de ser rector es que con los rectores con los que tuve el gusto de trabajar, para mí eran como el papa. Yo los apoyaba aunque supiera que estaban equivocados, porque también uno es humano y, entonces, se lo decía en *petit comité*... pero, ahora, cuando había que plantarlo... Recuerdo, por ejemplo, que siendo vicerrector con Paco Rubio tuve algunos momentos bastante delicados y duros, por defender, por ejemplo, a un profesor universitario como era Roberto Moreno, a quien yo no quería que defendiera el rector porque todo el mundo sabía que era su amigo; entonces lo defendí yo directamente para respaldar al rector. Y eso es, creo, lo que tienen que hacer los miembros de un equipo rectoral. Esa es mi idea y es tal y como lo he hecho a lo largo de mi vida.

E.R.R.— También es verdad otra cosa que Manolo ha dicho antes. Hay veces que hay que dar un puñetazo en la mesa.

M.L.C.— También. [Risas].

F.R.R.— Yo tuve, por ejemplo, un caso, que debió ser a principios de los 90, en que los alumnos de cuarto de Derecho se me encadenan en la escalera del edificio, cuando estábamos en Alfonso XIII [antigua sede del Rectorado de la ULPGC]. Me plantean un problema que yo, que vengo de Ciencias, no lo entendía, y es que les pusieron un examen —la asignatura me parece que era de Derecho Mercantil—...

M.L.C.— Derecho Mercantil.

F.R.R.— ... y me enteré de que las respuestas correctas dependen de la escuela a la que pertenezca el profesor que da la asignatura. Para una persona de Ciencias esto era algo absolutamente demencial. Después he visto que es cierto, que en las Ciencias Sociales pasa eso. Se creó un follón de miedo y, me dije: “Esto hay que resolverlo de alguna manera”. Acudo al rector de Sevilla, que en aquel momento era un catedrático de Derecho Mercantil, y me recomienda al catedrático de Santiago de Compostela [Carlos Fernández-Nóvoa]. Lo traigo aquí, corrige los exámenes y pasamos de tener un 4% de aprobados a tener un 60%. Firmé las actas y se resolvió el problema, pero, claro, hubo que enfrentarse. También depende de con quién te enfrentas, ¿entiendes? Hay veces que, a lo mejor, es menos grave mirar hacia un lado, pero yo personalmente, en el caso de los alumnos, creo que es un estamento que nunca te engaña, por lo menos, esa ha sido mi experiencia.

Y.H.G.— Y ahora que hablamos de estamentos, ¿qué papel juega en la Universidad que ustedes gestionan cada uno de ellos?, ¿el PDI, el PAS, los estudiantes?, ¿qué relación mantienen con cada uno y qué papel?

F.R.R.— ¿En su momento?

Y.H.G.— Sí, en su momento, en la Universidad que ustedes gestionan.

F.R.R.— Cuando yo era rector, el PDI no existía. Se llamaban profesores... [Risas].

M.L.C.— ... numerarios y no numerarios.

F.R.R.— Numerarios y no numerarios, PNN, sí. Por ejemplo, yo siempre pensé que el Personal de Administración y Servicios era muy importante en una universidad. Ya, después, me lo confirmó muchísimo el tiempo que yo estuve de vicerrector en la Universitat Oberta de Catalunya; allí las estrategias las definían tanto la parte académica como la parte de servicios.

«Creo que el centro de una universidad son los alumnos»

Por otra parte, creo que el centro de una universidad son los alumnos. Utilizando una nomenclatura de organizaciones de hoy en día, los alumnos —y voy a emplear una palabra del rector Gabriel Ferraté, treinta años rector de la Universidad Politécnica de Cataluña y creador de la UOC—, que decía: “Los alumnos son los clientes”. Un cliente no es una persona a la cual tú le vendes un título, sino una persona a quien tú le das lo que él necesita para cumplir los objetivos institucionales y los propios. Y es verdad, quiero decir, que los alumnos, si intentas relacionarte seriamente con ellos, nunca te piden al aprobado general, porque esta es una trampa en la que, si caes, pierdes todo su crédito. Lo que sí que tienes que hacer es atenderlos, individualizar la actuación sobre ellos, pero eso a mí me venía hecho ya, porque cuando fui profesor siempre lo hice de esa manera. Siempre me interesaron mucho los alumnos que no eran tan brillantes. ¿Por qué? Porque los alumnos brillantes siempre saldrán adelante con cualquier profesor. Y, por ejemplo, que alumnos de ese tipo jamás me hayan pedido que les apruebe debido a las relaciones

personales, me parece una cosa magnífica, porque lo que lograbas, además, era un compromiso cada vez mayor de ellos con los estudios. Eso lo he percibido como uno de los grandes, no puedo decir éxitos, sino satisfacciones, que he tenido. Cuando te encuentras con gente que te comenta lo que tú has significado como profesor para ellos, para mí eso es una recompensa inigualable.

M.L.C.— Yo tuve buenas relaciones con todos los sectores, aunque, claro, en cada sector había unas bolsas de gente que no te aceptaban. Yo también tuve muy buena relación con los alumnos; de hecho, a mí se me acusaba de que yo había salido rector por los alumnos, era una de las acusaciones más reiteradas que se me hacían. Pero, también, yo entendía que los alumnos eran el centro neurálgico de la institución. El día que no tengamos alumnos, tendremos que cerrarla y todas las investigaciones y todo lo que tenemos pasará a la historia o se convertirá en un instituto o en un centro de investigaciones científicas. Es verdad que tuve muchas acciones a favor de los alumnos, como fue la creación de los cursos de refuerzo; la creación de los cursos cero con el fin de evitar las bolsas que existían de alumnos que no pasaban de primero; la creación de la compensatoria, que no fue un invento mío, era algo que ya existía en otras universidades... Tuve una preocupación tremenda por el tema de las residencias: ya, en época de Paco, se había iniciado la primera, luego se abrieron los apartamentos y también la otra residencia; los comedores universitarios y las cafeterías, que a mí me parece que son vitales, porque la Universidad no es solamente estudiar y estar allí, la Universidad es sociabilizarse, es donde los alumnos tengan una conexión entre ellos, y los sitios donde lo pueden hacer son las cafeterías, incluso donde, muchas veces, se enamoran. A mí todos esos elementos me parecían importantes dentro de un orden. Eso no quiere decir que se de-

satendieran otros estamentos, porque, en mi época, fue cuando se desarrolló la ley de plantillas, que es la que hoy tiene el conjunto de la Universidad. A mí se me criticó y tuve muchos problemas para aprobar la exigencia de ser doctor. Claro, las escuelas universitarias no lo entendían y llegó un momento en que, basándonos en una directriz emanada desde el equipo de gobierno, no sacábamos plazas de titulares de escuela, porque significaba que se creaba una bolsa de personal funcionario no doctor. Ese tema nos llevó a tener bastantes conflictos, pero, como es el tiempo el que da y quita razones, pues, al final, te lo agradecen. Te lo digo porque, cuando me ven por ahí y me dicen esas cosas, me dan ganas de mandarlos a un sitio, pero, bueno, como soy una persona educada, procuro contenerme. También fue el momento en el que la Universidad consiguió tener el mayor número de cátedras. Con el PAS tuve una relación bastante cercana, tan cercana que me sabía los números de teléfonos de todos los miembros del PAS. Entonces, cuando yo tenía un problema, no le decía al vicerrector ni a mi secretario que llamaran. Lo hacía yo directamente y me respondían: “¿El rector?”; “sí”, decía yo, “soy el rector”. Con el PAS yo tuve un trato de bastante cercanía, al margen de que discrepábamos en algunas cosas, como fue con el tema de las promociones. A pesar de los años pasados, sigo teniendo en el PAS muchos cómplices y me entero de muchísimas cosas por ellos. Esa complicidad que se genera durante muchos años que hace que, al final, más que ser personas que están alejadas de ti, se convierten en personas conocidas, con las que tienes mucha complicidad...

Y.H.G.— ... una relación personal.

M.L.C.— Pero, indudablemente, en mi etapa, yo me centré mucho en los estudiantes.

F.R.R.— Antes Manolo dijo que había salido rector por los estudiantes. Bueno, ¿y quién no?

M.L.C.— Me acusaban, me acusaban. [Risas].

F.R.R.— Pero, fíjense ustedes, que yo no creo que sea un demérito; creo que es un mérito, porque los porcentajes y valores de voto son mayores en los profesores que en los alumnos. Lo que pasa es que los alumnos llegan a acuerdos y votan en bloque, pero eso ha pasado siempre y seguirá pasando. Por eso, los buenos profesores, desde la óptica de los alumnos, tienen un gran peso en la toma de decisiones de estos. Mientras que el voto de los profesores, casi siempre, se divide. Y esa es la razón, no es otra, porque se hace de acuerdo con unas reglas que están en los estatutos y reglamentos de la Universidad. O sea, que no es ninguna trampa y no es ningún demérito.

M.L.C.— No, para mí no es un demérito. Yo lo que digo es que me acusaban de que yo había sido rector por el voto de los estudiantes. [Risas].

Y.H.G.— Voy a abrir una pequeña ventana de la relación con la Universidad de La Laguna. ¿Ustedes estuvieron en las manifestaciones de los años 80 solicitando la creación de la ULPGC, de una universidad completa en Gran Canaria? ¿Estuvieron ustedes en esa manifestación?

M.L.C.— Yo estuve en las primeras, en las otras no, porque era vicerrector de la Universidad de La Laguna. Yo estaba preso, yo era preso de mis circunstancias.

F.R.R.— Yo sí, pero, vamos a ver, no ibas en primera fila y tal, pero estabas entre la multitud, ¿entiendes?

Y.H.G.— ¿Entendían esa reclamación de una sociedad pidiendo los estudios universitarios?

F.R.R.— Entonces todavía y, claro, yo sabía menos en aquellos momentos, querían comparar el caso de Canarias con la Universidad del Estado de California, que es un sistema de universidades compuesto por diversas univer-

sidades, por ejemplo, Berkeley, es una universidad que pertenece al sistema de California, o San Diego y, entonces nos querían aplicar esas pautas, pero lo que yo no sabía en aquel momento es que cada una de ellas era una universidad.

Y.H.G.— Sí, no una División.

F.R.R.— Que la Universidad de California no es un ente único, ¿entiendes? Fíjate, yo creo que uno de los logros bastante importantes a los que a veces no se les ha dado la importancia que tenían son los del año 82. En el año 82 ya hay una manifestación aquí y se consiguen algunas cosas tan importantes como, por ejemplo, crear el Distrito Universitario de Las Palmas. ¿Por qué? Porque, antes, a todos los alumnos que accedían a la universidad los examinaba la Universidad de La Laguna. Ese fue un paso muy significativo que, después, nos sirvió a nosotros para crecer en titulaciones que no eran estrictamente técnicas, con la dificultad de que no nos podíamos llamar Facultad. De hecho, cuando se crea Ciencias del Mar, el título es Centro Superior de Ciencias del Mar. Cuando llegamos a Tercero, según la Ley de Reforma Universitaria, no podíamos seguir, y ahí sí que tuvimos una batalla en el Consejo de Universidades, en la que, además, nos ayudaron muchos rectores para crear un Segundo Ciclo y ya pasar a llamarse “Facultad”, porque la Ley decía que solo pueden otorgar títulos universitarios las Escuelas Técnicas o las Facultades; un Centro Universitario Superior no era de esos. Entonces, eso sí, se logró eso, y también se creó la Facultad de Educación Física y Deportes, la Facultad de Traductores e Intérpretes y el Segundo Ciclo de Telecomunicaciones...

Y.H.G.— Lo que, en aquella época, con una ULPGC incipiente, era novedoso, porque la Educación Física se integra por primera vez en una universidad.

F.R.R.— Sí, pero se integra en la UPC, no en la ULPGC.

Y.H.G.— Sí, sí... exacto, en la Universidad Politécnica.

F.R.R.— Es el primer INEF, que así es como se llamaba, que está integrado directamente en la Universidad.

Y.H.G.— En una Universidad, como estudios universitarios... Era una época, digamos, de decisiones florecientes para el sistema universitario.

F.R.R.— La idea era esa. Fíjate, cuando vamos a pedirle... estaba gobernando la UCD y era ministro de Educación Mayor Zaragoza, quien, creo, tenía mucha relación con Gumersindo [Trujillo, rector de la ULL]. Fuimos Tomás López Fragoso, Juan Pulido y yo a pedirle una Facultad de Biológicas y, entonces, Mayor Zaragoza nos dijo: “¿Por qué no crean un Centro de Ciencias del Mar?”. Nosotros no sabíamos qué era eso, pero pensamos, “si creamos un Centro de Ciencias del Mar y es esto que nos cuentan, a lo mejor podemos tener una Facultad de Biológicas, una Facultad de Matemáticas, de Químicas...”. [Risas]. Tiramos para adelante. ¿Qué hicimos? Pues empezamos a coger gente que se había formado en la Universidad de La Laguna y a mandarlos al extranjero a especializarse. Ese sí que fue un gasto de los que mayor rendimiento tuvieron y es un orgullo, por ejemplo, que la Facultad de Ciencias del Mar de Las Palmas es la que ha nutrido a la mayor parte de universidades en el territorio del Estado que se crearon posteriormente.

Y.H.G.— ¿Fue real la ruptura con La Laguna de esos años?, ¿fue una ruptura real?

M.L.C.— En la época de Paco, sí.

F.R.R.— Bueno... no sé, como es una cosa que se va a grabar... no lo voy a decir, pero una vez que fui a Tenerife —y yo de Tenerife había salido muy bien— en una pared

blanca de la Avenida Primero de Mayo, leo: “Rubio, de Castellón, eres un hijo de...”. Fue muy duro, fue muy duro porque, además, el posicionamiento de José Carlos [Alberto, rector de la ULL] también fue muy... ¿Tú te acuerdas de aquella manifestación de los notables? Y, fíjate, y ahora resulta que ha ganado la sociedad canaria, porque hay mucha más gente que puede estudiar aquí y, poco a poco...

Y.H.G.— Y La Laguna no ha perdido nada.

F.R.R.— Y La Laguna no ha perdido nada; tiene Facultades buenas, otras no son tan buenas. Igual que nosotros, igual que todas las universidades. Por lo tanto, fue algo duro, duro de verdad, porque, además, incluso los empresarios presionaron a los empresarios de aquí para que no se hiciese y, ahí, Jerónimo Saavedra tuvo también una labor importante y Lorenzo Olarte. Sí que fue duro. Ya el deshielo empezó con Julio Delgado Martín y con Matías López. No, la época de Manolo ya no...

M.L.C.— En mi época, no. En primer lugar, yo procedía de La Laguna, con lo cual... La última parte del mandato de la rectora Tejedor, que con Paco había sido tensa, conmigo, claro, ella había sido compañera mía del equipo rectoral, con lo cual comenzó a producirse, digamos, el deshielo. Es verdad que cuando íbamos a las reuniones de reparto de las perras, ahí, indudablemente, ahí teníamos un conflicto permanente, sobre todo con las plazas. Pero, bueno, yo tengo que decir que, en esas reuniones, siempre tuve suerte. No sé si porque era un buen negociador o batallador o porque me tenían respeto, pero yo siempre sacaba lo que quería. En esa época nos fuimos acercando a las plantillas —que ahora se han perdido otra vez— que tenía la Universidad de La Laguna y nos fuimos acercando al tema económico, a una financiación similar. Teníamos buenas relaciones de carácter personal, había fluidez en lo

que podían ser asuntos que nos concernían a ambas universidades y en los que procuramos ir de la mano, pero había dos cuestiones que a veces se encasquillaban, que eran el dinero —el tema del presupuesto— y el tema de las plantillas. Pero, bueno, yo de esto no tengo malos recuerdos, sino todo lo contrario, porque ahí gané todas las partidas siempre.

Y.H.G.— Varias veces en la conversación han salido comentarios sobre cómo era la Universidad ayer, con mayores dificultades para sacar plazas, más horas de docencia... Vamos a hacer un ejercicio de imaginación. Mañana se levantan y vuelven a ser el rector de la ULPGC: ¿cuál sería la preocupación que ustedes tendrían?

F.R.R.— Cómo preparamos a nuestros estudiantes para el mundo que nos viene.

M.L.C.— Mi preocupación sería también la docencia.

Y.H.G.— La docencia, o sea, por el análisis que hacen, la docencia es quizás lo más delicado o lo que más necesita preocupación.

M.L.C.— Sí, sí, creo que es lo que más ha sufrido.

F.R.R.— Pero no solo aquí, sino en general.

M.L.C.— Creo que ha sufrido a nivel general, pero nosotros tuvimos una época donde había mucha gente ilusionada con el tema docente y que se ha ido perdiendo.

«Tuvimos una época donde había mucha gente ilusionada con el tema docente y que se ha ido perdiendo»

A mí, una de las cosas que realmente me duelen —antes lo dejé caer— es, justamente, que hay un sentimiento de que la gente no quiere dar clase. La verdad es que me echo

las manos a la cabeza. Yo soy el mayor de mi Departamento —a punto de jubilarme— y cuando oigo a la gente pelearse a ver si un crédito lo dan tres, es que me pongo hecho una fiera y les digo: “¡Ese crédito lo voy a dar yo, coño!”. ¿Cómo se va a repartir un crédito entre tres? Es que los alumnos al final no van a saber nada. Yo creo que el famoso Reglamento ROA, o como se llame, podía haberse solventado, llegó un momento en que la gente estaba coleccionando estampitas para no dar clase. Yo tenía compañeros en mi Departamento que se apuntaban en todas las comisiones y cada comisión valía medio punto o un punto. Al final, yo tenía gente en mi Departamento que, con un sexenio, daba seis horas de clase, mientras que yo, con seis sexenios, daba dieciséis. También es verdad que yo las daba porque me daba la gana, porque me negué en todo momento a rellenar ese bodrio, que para mí era eso, “un bodrio”, el famoso ROA. Eso ha hecho mucho daño a la Universidad y ha hecho mucho daño a la docencia.

Y.H.G.— Y eso, ¿no puede ser porque en la carrera académica de un profesor se valora más la parte investigadora que la parte docente?

M.L.C.— Pero se pueden compaginar, es que se pueden compaginar.

F.R.R.— Pero lo que dice Yaya es verdad. Sí, actualmente, en los accesos a profesor titular, a catedrático o catedrática, lo que se valora, sobre todo, es la parte de investigación.

«El impartir menos créditos viene en función de que uno obtenga proyectos, pero esos proyectos repercuten directamente en él porque mejoran su currículum, pero no en los estudiantes...»

Y no solo eso, sino que, fíjate, el dar menos créditos viene en función de que uno tenga proyectos, pero esos proyectos repercuten directamente en él porque mejoran su currículum, pero no en los estudiantes...

M.L.C.— Pero no en los estudiantes.

Y.H.G.— Pero no en la universidad.

F.R.R.— Pero no en los estudiantes, ¿entiendes? De todas formas, yo creo que va a haber grandes cambios en los modelos de docencia.

Y.H.G.— ¿Del modelo universitario se refiere?

F.R.R.— Del modelo universitario y del modelo de aprendizaje. La universidad se encuentra por vez primera con que han entrado en su terreno otros actores y, si no se espabila, tiene un futuro complicado.

M.L.C.— Pero eso puede mejorar la docencia.

Y.H.G.— Y, ¿qué análisis hacen del futuro de la Universidad española? No solo me refiero a la ULPGC, sino, me refiero, ¿cómo ven ustedes el desarrollo de la Universidad española comparado con la europea?, ¿estamos bien encaminados, o mal encaminados, como universitarios españoles?

M.L.C.— Yo creo que ahora estamos en horas bajas, aunque también es verdad que la Universidad española ha pasado por distintas crisis a lo largo de su historia. Hay que tener en cuenta que la Universidad es la institución más antigua; la Universidad existe desde el siglo XII.

«Aunque a la gente no le guste escucharlo, es de las universidades de donde salen las mejores mentes, los mejores ingenieros, los mejores astronautas, los me-

jores economistas, los mejores biólogos y virólogos»»

Desde el siglo XII hay universidades en el mundo y han pasado por muchísimas crisis y, afortunadamente, la Universidad tiene en sí algo que no tienen otros sectores, la creatividad de las mejores mentes. Aunque a la gente no le guste escucharlo, es de las universidades de donde salen las mejores mentes, los mejores ingenieros, los mejores astronautas, los mejores economistas, los mejores biólogos y virólogos, ahora que se ha puesto la palabra de moda con esta pandemia... Con lo cual, yo soy bastante optimista. Además, tenemos un reto importante y es que el sistema clásico de docencia ha tocado fondo y ahora se va a producir un revulsivo producido por la propia crisis que hemos tenido como consecuencia de la pandemia. Con lo cual, si en estos últimos años he sido bastante pesimista porque lo que veía a mi alrededor no me gustaba nada, ahora lo veo con otra perspectiva.

F.R.R.— Yo creo que, primero, un profesor universitario se debería plantear cuál es su propósito en la Universidad o cuál es el propósito de la Universidad, porque, si solo le interesa la investigación, hay centros que se dedican a la investigación.

«Me llama mucho la atención que la universidad sea un ente sin cultura organizacional»»

Para mí ese es un tema fundamental y, sobre todo, cuando entra en juego esa tercera misión de la Universidad que está emergiendo y que cada vez es más importante. Me preocupa mucho la parada en el tiempo de dos conceptos que utilizamos a menudo, en mi opinión, en sentido no

correcto. Uno es el de autonomía de la Universidad y el otro es el de libertad de cátedra. Creo que estos son conceptos que la mayor parte de los profesores utilizan y creo sinceramente que no saben de qué están hablando. Me llama mucho la atención también, en esta línea, que la Universidad sea un ente sin cultura organizacional. Esto es muy grave, pues cuando las organizaciones actuales van por un camino, la Universidad no va por ese camino. Eso está asociado también directamente con que se necesitan nuevos modelos de gobernanza en la Universidad, pero eso va a ser muy difícil, porque, por ejemplo, las universidades catalanas llevan trabajando este tema desde hace diez o quince años... más de quince. Es muy complejo, muy complicado. Además, me da la impresión de que los profesores todavía no somos conscientes de que cuando un graduado —lo llamo un graduado, me da igual que sea de grado, de máster o demás—, cuando una persona que se gradúa en algo, ¿sabes?, antes significaba que había terminado su periodo de formación, ahora no nos cansamos de repetir que la formación es a lo largo de toda su vida. ¿No será que en la formación inicial debemos dar menos cosas, pero más importantes y más profundamente? Como también creo que, en el caso del Espacio Europeo de Educación Superior, en el tema de las competencias, la mayor parte de los profesores no saben de qué va, porque siguen prevaleciendo sobre todo los contenidos. ¡Ojo!, contenidos tiene que haber, porque —eso Manolo lo sabe perfectamente— en un centro nuestro, desgraciadamente, no es así, pero hay competencias... Es cierto, además, que cada vez la formación que necesitamos es más transversal y, entonces, resulta que nuestras titulaciones y nuestros departamentos son verdaderos silos que están aislados y no se hablan entre sí, con lo cual la resolución de problemas complejos es difícil.

Y.H.G.— Y ahora que se habla de un cambio de gobernanza, que la CRUE se ha manifestado en contra de la posibilidad de que las universidades estén gobernadas por personas ajenas a la comunidad universitaria, que no sean catedráticos..., ¿qué opinan ustedes? Al frente de la Universidad, ¿está mejor un catedrático o una persona externa?

M.L.C.— Vamos a ver. Yo creo que hay dos cuestiones que pueden parecer contradictorias.

**«No podemos convertir la universidad
en un tipo de empresa estándar»**

Pienso que al frente de la Universidad debe haber un académico que conozca perfectamente cuál es, digamos, el desarrollo de la institución. No podemos convertir la Universidad en un tipo de empresa estándar, porque la Universidad no es una empresa estándar. Es verdad que la Universidad necesita gestores, buenos gestores, pero tiene que haber alguien que comprenda perfectamente cuál es la situación, que sepa qué significa una carrera académica, qué significa un currículum, qué significan unas competencias... En lo que yo no estoy muy de acuerdo es en que gobiernen los administrados, en que sean los administrados los que puedan decidir el futuro de la Universidad. Puede haber un rector académico que quiera innovar y que quiera, realmente, producir una especie de revolución dentro de la Universidad y aquellos que están anquilosados en “repetir los apuntes”, por ejemplo, y pongo esto entre comillas, sean una especie de búnker para que eso no pueda funcionar. Habrá que buscar en esa gobernanza un híbrido entre lo académico y la gestión y que eso lleve a un buen gobierno, pero para llegar a un buen gobierno tiene que haber una estructura que gobierne y que no sea prisionera de aquellos que le han votado.

F.R.R.— Yo creo que es un tema muy complicado.

M.L.C.— Sí, ya, muy complicado.

F.R.R.— Hay universidades europeas, por no hablar de universidades americanas, que sacan una convocatoria al puesto de rector. Me acuerdo del último caso, de la Universidad de Luxemburgo, cuando accede Rolf Tarrach, académico español al que se le ficha como rector.

M.L.C.— Pero es académico.

F.R.R.— Es académico. ¿Por qué? Porque si es totalmente de la sociedad civil y, sobre todo, si está haciendo otra cosa, eso es malo. También es verdad que hay gente que opina que para qué debe existir la Junta de Gobierno si tenemos un Consejo Social, que tienen competencias complementarias, que por qué no se unen las dos figuras. Todos son...

Y.H.G.— Propuestas.

M.L.C.— Propuestas.

F.R.R.— Sí, todo son propuestas, pero que va a ser difícil. Va a ser muy complicado que un cuerpo tan pequeño elija a quien lo va a gobernar. ¿Por qué? Porque lo tienen sometido siempre.

Y.H.G.— Vamos a terminar esta charla, porque el tiempo se pasa volando, y voy a agrupar las dos últimas preguntas en una. La penúltima sería, ¿es difícil dejar de ser rector?, ¿cuesta trabajo soltar ese cargo? Y la voy a unir con la última para ya terminar, que sería si ustedes se consideran reconocidos como rectores de la Universidad que han sido. Rector honorario en el caso de usted, don Francisco; ahora usted, don Manuel recibe del Ayuntamiento el título de Hijo Predilecto...

M.L.C.— Para mí no fue nada difícil dejar de ser rector. Tenía muy claro que era una cosa efímera y que dura lo que dura. Al día siguiente de dejar de ser rector mi teléfono dejó de sonar, me dejaron de invitar a cenas y a comidas, pero a mí no me pasó nada, no me generó ninguna tensión.

Y.H.G.— Pero se nota, ¿no?, ¿se nota ese cambio?

M.L.C.— Claro que se nota. Al día siguiente el teléfono deja de sonar, te dejan de invitar a las recepciones, pero es que hay otro rector, esto es como “muerto el rey, viva el rey”. Pero a mí no me pasó absolutamente nada. Yo tenía clarísimo que eso era así.

«Yo, de lo más orgulloso que estoy es de que me reconozcan mis alumnos. Llevo dando clase en la universidad cuarenta y seis años y nunca he tenido un conflicto con ningún estudiante»

Con lo cual, al día siguiente seguí con mi vida. Con respecto a la segunda pregunta, yo, de lo más orgulloso que estoy es de que me reconozcan mis alumnos. Llevo dando clase en la Universidad cuarenta y seis años y nunca he tenido un conflicto con ningún estudiante. Claro, lo que me llena de orgullo es que, cuando veo alumnos que ya están jubilados, me reconozcan y me recuerden...

Y.H.G.— ... con cariño.

M.L.C.— ... con mucho cariño. Hasta tal punto... Voy a contar una anécdota. Estaba yo hace un par de años en Agaete, en la playa, y se me acercó una chica que había sido alumna mía. Yo la conocía a ella, claro, pero no conocía al marido. Ella se acerca a mí y se entabla una conversación:

— Buenos días. ¿Cómo anda?, ¿cómo le va?, ¿a usted no le importa que llame a mi marido?

— A mí, no.

Cuando llegó el marido, le dijo:

—Este es Lobo y no es mi amante. [Risas].

— ¿Y eso?

— Es que fuimos a Roma y, por todas partes, yo le decía: “Esto me lo enseñó Lobo”, “esto me lo enseñó Lobo”, “esto también me lo enseñó Lobo”. Y claro, mi marido me decía: “¿Y quién coño es ese Lobo?”. [Risas].

Eso para mí es el mayor reconocimiento que tengo.

También es verdad que, pasados los años —yo dejé el Rectorado en el año 2007—, ahora me congratula muchísimo el recuerdo que la comunidad universitaria —especialmente el profesorado y el PAS— tiene de mí. Yo tuve con ellos muchas batallas, pero, como decía antes, al final es el tiempo el que va poniendo a cada uno en su sitio.

F.R.R.— Yo creo que es muy importante saber cuándo te tienes que ir y que eso lo decidas tú, aunque siempre se parte del principio de que el cargo es una cosa efímera. Yo, por ejemplo, tuve una suerte tremenda, porque para mí fue muy importante estar allí [Universidad de Vancouver], medio alejado de aquí; eso para mí fue muy gratificador, me cambió mentalidades y creo que necesitaba ese *reset*.

«Yo creo que es muy importante saber cuándo te tienes que ir y que eso lo decidas tú»

Por lo tanto, no fue ningún trauma, porque se eligió incluso pensando ya qué es lo que podía hacer después, por-

que, en mi caso, que es distinto del de Manolo —yo siempre admiré de ti, Manolo, entre otras cosas, que fueses capaz de seguir publicando libros mientras eras rector o inmediatamente después—, en mi campo eso no era posible, así que yo me tenía que reinventar profesionalmente. Así que la transición para mí no fue ningún trauma, absolutamente ninguno. Es más, me encontré, de la noche a la mañana, que, de no tener tiempo para nada, tenía tiempo para todo, y eso es también muy importante. El segundo tema es si tienes reconocimientos. Y abundo en lo que ha dicho Manolo, que lo importante es el reconocimiento de los alumnos, que yo experimento desde que era profesor en la Universidad de La Laguna, cuando daba clases en primero y tercero de Químicas y en primero de Biológicas. Tengo una anécdota muy curiosa de cuando yo llego a La Laguna en el año 72. Entonces existía el PREU y había una serie de coordinadores —una era Tere Noreña, que era de Historia—. Pues Tere Noreña y yo hicimos una coordinación de todos los institutos de Canarias y una parte muy importante de esa coordinación era formar al profesorado, porque, en el caso de Física y Química, te encontrabas que los profesores eran químicos y entonces los temas de la física no los controlaban tanto... Escribí entonces un libro para el acceso desde el bachillerato, desde el instituto a la universidad. No sabes la cantidad de gente que me he encontrado diciendo que me recuerda por el libro, azul o verde. El otro día llamé para lo de ir el jueves al Parlamento de Canarias [“Canarias importa” en la Comisión de Estudios sobre el escenario de la Unión Europea para 2021-2027] y me llama una funcionaria —que había que cambiar de fecha un día, porque ya me iba a la Península—y al final me dice: “Yo estudié con su libro”; “Bueno”, le dije, “espero que no te fuera mal”.

«En una de esas primeras ceremonias de graduación, se me acerca un matrimonio humilde y me dice: le estamos muy agradecidos porque gracias a haber creado la universidad mis hijos han podido estudiar y hoy se gradúan. Ese es el mejor regalo que tiene un profesor universitario»»

El reconocimiento tiene para mí también el valor del reconocimiento de las familias. Nosotros empezamos a hacer, con el tiempo, unas ceremonias de graduación, porque antes solo existía la ceremonia de inicio de curso y nada más. Entonces, en una de esas primeras ceremonias de graduación, se me acerca un matrimonio humilde y me dice: “Le estamos muy agradecidos, porque gracias a haber creado la Universidad mis hijos han podido estudiar y hoy se gradúan”. Ese es el mejor regalo que tiene un profesor universitario, sea solo profesor o tenga un cargo. Lo que pasa es que a medida que transcurre el tiempo esa ilusión inicial se diluye y se va corrompiendo.

Y.H.G.— Pero, visto en la distancia, veo que tienen un buen recuerdo, en cualquier caso.

F.R.R.— Cuando yo sea mayor... eso me lo preguntó una vez Ferraté a mí: “Y tú, cuando seas mayor, ¿qué quieres ser?”.

Y.H.G.— Rector honorario, en este caso.

F.R.R.— No, quería que yo fuera rector de la UOC.

Y.H.G.— Muchísimas gracias, ha sido un placer. El tiempo se ha ido volando.

Álbum de fotografías



De izquierda a derecha: Manuel Lobo Cabrera,
Lluís Serra Majem y Francisco Rubio Royo.



De izquierda a derecha: Manuel Lobo Cabrera, Lluís Serra Majem,
José Luis Trenzado Diepa y Francisco Rubio Royo.



Francisco Rubio Royo.



Manuel Lobo Cabrera.



Yaya Hernández Guerra.



Instantáneas tomadas en el Aula de Piedra antes de iniciar el *Diálogo*.



Instantáneas tomadas en el Aula de Piedra antes de iniciar el *Diálogo*.



Instantáneas tomadas en el Paraninfo de la ULPGC antes de iniciar el *Diálogo*.



Instantáneas tomadas durante la presentación del Rector, en el Paraninfo de la ULPGC al comienzo del acto.



Instantáneas tomadas durante la presentación del Rector, en el Paraninfo de la ULPGC al comienzo del *Diálogo*.



Instantáneas tomadas durante la presentación de los intervinientes a cargo del Rector.



Vista general del Paraninfo durante el *Diálogo*.



Yaya Hernández Guerra moderando el transcurso del *Diálogo*.



Instantáneas de los intervinientes tomadas durante el acto.



Francisco Rubio Royo durante el *Diálogo*.



Manuel Lobo Cabrera durante el *Diálogo*.



Cobertura audiovisual del acto por parte del Laboratorio de Medios de Producción de Televisión de la ULPGC.



Instantáneas de Francisco Rubio Royo y Manuel Lobo Cabrera durante el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.

Francisco Rubio Royo



Catedrático de Física Aplicada de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Decano de la Facultad de Ciencias y Vicerrector de Ordenación Académica y de Profesorado de la Universidad de La Laguna (1975-1980). Rector de la Universidad Politécnica de Canarias (1982-1989). Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (1989-1998). Rector Honorario de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria desde 1999. En la actualidad lidera el proyecto del Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, “Canarias Importa”.

Manuel Lobo Cabrera



Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y, anteriormente, de la Universidad de La Laguna. Vicerrector de Campus de la Universidad de La Laguna (1984-1989). Vicerrector de Investigación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (1994-1998). Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (1998-2007). En la actualidad continúa con su dedicación intensa a la docencia, la investigación y la publicación de libros, artículos y ponencias de variada temática relacionada con Canarias y el Atlántico.

Yaya Hernández Guerra



Licenciada en Ciencias de la Información, Sección de Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Inicia su vida laboral en Radio Granada (Cadena SER), Diario de Granada y Diario Jaén (1981-1985). En 1985 se incorpora a la redacción de Canarias 7 y en 1989 a la Universidad Politécnica de Canarias, como responsable de la relación con los medios de comunicación. Desde 1990 está adscrita al Gabinete de Comunicación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, desde donde ha colaborado con los equipos de gobierno de todos los rectorados que ha tenido la institución.

Diálogo vivo ULPGC es un proyecto editorial del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (ULPGC) que pretende conservar, en distintos formatos textuales y audiovisuales, la memoria de la ULPGC a través de las palabras y el relato de sus protagonistas.

En este primer volumen de la colección los dos primeros rectores de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Francisco Rubio Royo y Manuel Lobo Cabrera, dialogan con la responsable de relaciones con los medios de la ULPGC, Yaya Hernández Guerra.

La sesión fue grabada el 21 de junio de 2021 en el Paraninfo de la ULPGC y en ella ambos rectores realizan un recorrido por su vida como estudiantes, profesores y gestores universitarios, y por la propia historia de la ULPGC, ya que jugaron un papel fundamental en su creación y en su consolidación durante las dos primeras décadas de su existencia.

